

EL GRITO DE LA FURIA, O EL POLIFEMO VIVO DE UNA HUMANIDAD MUERTA

(Sueño alucinógeno)

Por FELIX FERRER GIMENO

LA masa, informe, caminaba silenciosamente. El barro empezaba a agrietar la tierra, a resquebrajar el mundo.

Alfred, temeroso, expectante, contempló a la humanidad que se le acercaba.

“Ha surgido ya el gran trauma, pero antes de llegar aquí, perecerá. Es sierva del mismo barro que pisa”—se dijo.

Ahora estaba frente a Alfred, en el montículo. Sobre la piedra, Alfred, había levantado el templo de su soledad.

Era una humanidad que parecía agonizar. Sus cantos, oníricos, de sexo, eran como grito y lamento incontenido. Parecía una fiesta pánica; la liberación de la libido que se había desatado. El gemido, desgarrado, la enardecía.

Se oyó un disparo de bala. Entró en el templo de Alfred. Durante unos instantes el silencio se hizo más aterrador. Alfred se había levantado ante un mundo frustrado, narcisista. Su brazo empezó a sangrar. El proyectil había perforado su carne. Quedó empotrado en la pared blanca del templo.

—¡Mirad lo que habéis hecho!—gritó Alfred a la muchedumbre mostrando el brazo herido.

—¡Quiéres un imposible y estás solo! ¡No hay espacio entre tú y nosotros! ¡Eres un soñador! ¡Matarlo!—oyó que ordenaban.

—¡No lo conseguiréis! ¡No lo conseguiréis!

Un segundo disparo se empotró en la pared. La pared sangraba. Era sangre blanca, polvorienta. Al ir a tocarla en suave caricia, la mano de Alfred, tembló. Protestaba no del dolor físico intuido, sino de la interrelación que condicionaba las dos materias en una: binomio carne-hormigón. En el mundo había surgido una nueva evolución absoluta: materia + materia.

—¡Alfred, no puedes escapar. Conságrate a tu cuerpo y vivirás!
—gritaron de nuevo.

Las voces llenaron la bóveda del mundo. Alfred, volvió a contemplar la humanidad. Se había borrado la sonrisa de sus labios.

—¡Qué esperáis, tirad a matar!—ordenó.

—No, no. ¡Poco a poco te vaciaremos el cuerpo!—vociferó enloquecido el coro.

El tercer disparo atravesó las piernas de Alfred y todo su ser se estremeció. Arrastrándose se asomó a la muchedumbre.

—Seguir haciendo fuego, ¡estaré siempre aquí...!

Un silencio. Otro disparo cortó su oreja. Inesperadamente, Alfred, se sintió cobarde.

—¡Esperad! ¿Qué ofrecéis a cambio?

—Lo sabes. ¡¡¡Vivir!!! Eres nuestra afrenta.

—¿Cómo? ¡Estoy casi muerto!

—Hemos conseguido prorrogar la vida. Los años no cuentan. Curarás en el acto. ¡Decídetes!

Alfred, volvió a temblar. Hubo otro silencio. La vida por la muerte o la muerte por la vida. ¿Qué clase de bondad pedía? Las balas habían herido algo más que la carne. Sentía asco y repulsión de sí mismo. Llegó a dudar de la única verdad que quedaba. Quizá por ese miedo irremediable del enfrentamiento abierto con la muerte. ¡Pero qué muerte! ¿Acaso en la vida deciden las circunstancias? ¿O es sólo un concepto acomodaticio, de justificación del propio caos y debilidad?

“Eternidad o nada”—pensó. Todavía estaba en la verdad y sabiduría. Conservaba el espíritu que le querían arrebatarse. ¡Estar en la verdad! ¿No es, acaso, pecar de soberbía?

Alfred continuaba confundido. Dos disparos más detuvieron su pensamiento. Le habían perforado un ojo. Al fin, Alfred, cedió.

—¡Escuchar!—gritó.

—¿Qué has decidido?

—Vivir... Sí, ¡¡¡vivir!!!

El grito resonó con furia. La tierra parecía temblar. El espíritu de Alfred, ahora estaba allí fuera, huyendo, por miedo al miedo. Alfred lo buscó entre la muchedumbre enfebrecida. Ya no sentía dolor. El cuerpo de Alfred, era ya sólo materia... Para la multitud el espíritu de Alfred era un monstruo extraño. Iba tras la reencarnación. No quería morir, quedarse en la ingravidez. La muchedumbre, a su paso, se volvió temerosa.

—¡Fuera, aparta!—chillaba.

Alfred fue hacia la ventana de su templo y miró. La pupila, ensangrentada, se agrandaba. Había hecho cuerpo con el cristal. Se vio por dentro. Organos gelatinosos parecían descomponerse.

Su espíritu seguía vagando.

—¡Vuelve, me perteneces!—imploró buscándolo.

La continuidad de la vida estaba en él. Su voz entrecortada, no se oyó. Era ya el polifemo vivo de una humanidad muerta.

Al fin, Alfred, consiguió romper el cristal. La muchedumbre huía enloquecida.

—¡Síguenos!—le ordenó nuevamente.

Alfred no pudo ya comprender. Todo caía fuera de la comunicación del entendimiento. Arrastrándose consiguió llegar hasta el espejo. Se contempló, pero una rara peripecia no le devolvió la imagen. No podía entrar en el laberinto oscuro de la inteligencia. "El espíritu germinará". La voz no salía de él. Alguien a su lado había hablado. ¿Pero quién? Parecía no quedar nada, sólo vacío. La voz continuó hablando. "Esto está más allá del misterio"—dijo. Alfred, seguía sin comprender nada. Todo resultaba ininteligible. La luz, poco a poco, se fue haciendo opaca. "La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie del agua".